

Ponencia\*

# El latido del mundo en las *Crónicas del regreso*

Luis Suardfáz  
Cuba

*“Y es que el corazón ha vuelto a ponerse de moda. Se lleva de nuevo y a la izquierda. Los valores del lirismo, de la sensibilidad, resurgen en poesía, en pintura, en música...”*

Alejo Carpentier<sup>1</sup>

Las publicaciones periódicas, perdidas con frecuencia en el noble silencio de las hemerotecas, lejos de perder importancia se consolidan con los años, pues junto al artículo sin vuelo o la modesta gacetilla, las diatribas y los ditirambos inspirados en personajes que ya nadie recuerda, preservan una parte esencial de la historia de la humanidad, y con frecuencia piezas muy atendibles de autores que pusieron en ellas tanta pasión como en sus obras capitales.

Todo esto viene a cuento a propósito de la lectura de *Crónicas del regreso*, de Alejo Carpentier, título impreso en 1996 que rescata textos concebidos al despuntar la década del cuarenta.

Biógrafos, investigadores, editores, lectores curiosos, contribuyen a diario a poner en nuestras manos páginas largamente fuera de circulación. Los ejemplos son numerosos, pero sin ir más allá de nuestro ámbito insular en los últimos años esta búsqueda ha rendido frutos jugosos.

El siglo de Carpentier durante decenios fue, según sus propias palabras, el de la soledad, la incomunicación, el desasosiego para él y muchos de sus colegas. Más de una vez denunció la indiferencia o el desprecio para con los creadores por parte de los gobiernos y no pocas instituciones supuestamente dedicadas a fomentar el arte y las letras, lo que obligó a la mayoría de los escritores a refugiarse, en el mejor de los casos, en las redacciones de diarios y revistas, de modo que la gloria alcanzada —o al menos “la gloriola”, como solía decir el agudo José Zacarías Tallet— se debía casi exclusivamente a su aparición en publicaciones de diverso calado, o bien a sus escritos para la radio y a partir de 1950 a ciertos espacio de la televisión.

Una de nuestras más fecundas y admiradas narradoras, Dora Alonso, ganadora del premio de cuentos de la revista *Bohemia* en 1936 y del Hernández Catá de 1947, entre otros, era ya una célebre escritora cuando recibió el Premio Casa de las Américas de novela en 1961; pues

\*Congreso Internacional “El siglo de Alejo Carpentier”. Casa de las Américas, octubre 8 al 12 de 2004.

<sup>1</sup> En su comentario sobre Tchaicovsky, publicado en *El Tiempo*, el 11 de mayo de 1941.

bien, sólo entonces vio publicado su primer libro. Lo mismo podemos decir de José Manuel Carballido Rey, premio del Hernández Catá Internacional de 1943, uno de cuyos cuentos de esa etapa “Picasso” hizo traducir y publicar en París, colaborador de reconocidas revistas literarias cubanas y latinoamericanas, incluida *Orígenes*, cuyo primer libro se imprimió en 1965.

Aun Onelio Jorge Cardoso y Felix Pita Rodríguez, dos maestros del cuento latinoamericano—cuya obra alcanzó amplia difusión a partir de 1959— en la primera mitad del siglo, sobrevivían gracias a las publicaciones seriadas y a la radio; y su obra, apenas ocupaba magros espacios en los anaqueles de las librerías en las librerías. Félix con su cuaderno *San Abul de Montrecallado*, auspiciado por la Colección Lunes de México en 1945, los poemas de *Corcel de fuego* tres años después y los espléndidos cuentos de *Tobías* de 1955. Sin embargo, cuando en 1987 Letras cubanas dio a conocer el resultado de las indagaciones de las profesoras González Bolaños y García Yanes entre 1926 y 1936, medio centenar y audaces narraciones, habaneras y parisinas, casi todas publicadas en la revista *Bobemia*, en su mayoría con un toque de surrealismo y algunas que prefiguraban la narrativa fantástica de nuestra época, se juntaron en *La Pipa de cerezo*, para sorpresa de viejos y nuevos lectores.

Onelio, por su parte, había logrado dar a la publicidad un cuadernillo en México en 1945 y tuvo que esperar a que Samuel Feijóo creara en la Universidad Central de Las Villas el Departamento de publicaciones para que una parte de esos cuentos dispersos se juntarán en un volumen a fines de 1958.

Ese mismo año, Enrique Labrador Ruiz, también con el auspicio de Feijóo, nos regalaba *El Pan de los muertos*, una serie de estupendas crónicas sobre escritores y artistas ya fallecidos que tenían su origen en su columna semanal para un diario habanero nada literario.

El pasado año la Editorial Oriente dio a conocer un volumen de más de 220 páginas

con el título de *Angusola y los cuchillos*, compilado y prologado por Cira Romero, donde se albergan 17 cuentos de Lino Novás Calvo, aparecidos entre 1929 y 1950, ignorados, desconocidos u olvidados—Ah, Zalamea—. Y por último, hace menos de dos semanas ediciones Unión lanzó al ruedo el cuaderno *Himno a Camilo Cienfuegos*, un exaltado, espléndido, poema de José Alvarez Baragaño de más de quinientos versos que hace dos años hallé en la *Bobemia* del 26 de octubre de 1962 y cuya existencia había pasado totalmente inadvertida para los antólogos y los críticos.

Así pues, debemos estimular la virtuosa manía de aquellos que exploran en las páginas no sólo de los suplementos y revistas literarias sino de toda publicación capaz de darnos alegres sorpresas.

Y en esa vertiente se incluyen sin duda las crónicas aparecidas en *Tiempo* y *TiempoNuevo* entre agosto de 1940 y 1941 eficazmente seleccionadas, anotadas y comentadas por Salvador Arias y que, a mi juicio, son un eslabón importante en la cadena de rescate de la obra dispersa de Carpentier.

Lo primero que nos llama la atención en estos 43 textos salvados es su diversidad. En la sección inicial que recoge parte de lo publicado sobre La Habana, esa diversidad se hace sentir en el desarrollo del tema propuesto, pues una crónica abarcadora, en cuyo fluir ratifica su pasión por nuestra capital y sus barrios, elogia sus símbolos, mas no elude la crítica al basuramen de los solares yermos, o a su perfil de ciudad inacabada, con numerosos ejemplos de proyectos a medihacer. Con jocosidad y erudición, enlaza anécdotas, obras autores, acontecimientos y desemboca en las postales que los cigarros Susini impusieron con imágenes de la ciudad y su historia— las que tanto apreciaba la generación de mi abuela Carlota— y se desplaza hacia la esquina de Zanja y Galiano para evocar aquellos que: “conducían, en cuarenta minutos incluyendo un trasbordo, a una

.....

El siglo de Carpentier durante decenios fue, según sus propias palabras, el de la soledad, la incomunicación, el desasosiego para él y muchos de sus colegas. Más de una vez denunció la indiferencia o el desprecio para con los creadores por parte de los gobiernos y no pocas instituciones supuestamente dedicadas a fomentar el arte y las letras.

.....

playa con barracones destinados a enclaustrar dentro del agua a las mujeres honestas.”

Estamos ante un volumen de más de 250 páginas bien escogidas, de modo que forzosamente me limitaré a ciertos asuntos que abordará nuestro cronista, pero no debo omitir que en el periódico que nos ocupa aparece La Habana vista desde sus entrañas y no en mediante un juego de postales turísticas. Por eso se trenzan los pases de cámara a una misa de gallo en la iglesia de Santa María del Rosario con los que informan con gracia del cementerio que por esos días se descubrió bajo su altar mayor, o bien sus andanzas por las calles de Regla, la ciudad mágica donde los ritos católicos y los propios de las religiones sincréticas terminan por crear una atmósfera peculiar y donde nuestro autor confiesa haber escuchado los más admirables toques de santo de los tambores batá.

Otras páginas recrean el exquisito teatro chino habanero que 15 años antes —como ya lo había consignado Emilio Ballagas en una entrega de la revista *Antenas* de 1929— se había ganado un puesto entre los tres más importantes del Nuevo Mundo.

Como al pasar el redactor nos dice que una de las virtudes que todo ser humano debe cultivar para ganarle la partida al aburrimiento es la curiosidad, y más un escritor, pues la curiosi-

dad nos permite indagar incesantemente y descubrir siempre algo nuevo. Los comentarios de la actualidad habanera aparecen en otras secciones, señaladamente los ocho comentarios dedicados a conciertos de nuestra Orquesta Filarmónica, con interpretaciones de Verdi, Bach, Brahms, Dvóřak, Strauss, Bizet en los que no escatima los elogios, mas tampoco las críticas, tan constructivas como agudas.

Con sus puntuales comentarios a los conciertos de la Filarmónica no termina su inmersión en temas musicales, todo lo contrario, otros 11 textos se ocupan de sus amigos, los geniales García Caturla y Amadeo Roldán, así como de Wagner, Josephine Baker, las defunciones de Paderewsky o Bousquet, este último estaba tan identificado con su más célebre pieza que Alejo no vacila en titular su comentario “Ha muerto La Madelon” y a ese propósito nos dice: “La canción popular no pide permiso para entrar en nuestra memoria. Se presenta por derecho propio [...] La oímos por girones, por fragmentos. Y aunque queramos olvidarla, ahí está, vivaracha y maliciosa, acechándonos al doblar de cada esquina.”

Pero además de contar el éxito de un concierto de *spirituals* en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, evoca el cálido ambiente de la desaparecida Cabaña cubana en París apenas dos años antes y el contraste con los desastres

de ese 31 de diciembre de 1940 en la Francia ocupada que apenas ayer blasonaba de su poderío. Más directamente metido en las entretelas del fascismo es su comentario “Música y política”, con el drama de intérpretes, directores y compositores obligados al exilio, mientras en varios países todo vestigio de cultura es aplastada por las botas de los nazis, y los demás están en eminente peligro de ser sometidos a nuevas formas de esclavitud. Y es de notar que entre los músicos obligados al exilio menciona al portentoso Kurt Weill, cuya partitura para la *Ópera de tres centavos* de Brecht elogia calurosamente, veinte años antes de que la revolucionaria obra de Bertold Brecht reinara en nuestros escenarios.

Los textos que hablan de la actualidad extranjera, con frecuencia redactados a partir de las últimas noticias, están centrados casi siempre en la Segunda guerra mundial y con frecuencia fustigan el falso orgullo de los que se creían al margen de esa catástrofe. Carpentier, que no sólo participó en sesiones del congreso de intelectuales en favor de la traicionada república española sino que recorrió ciudades y pueblos devastados de la península y escribió una excelente serie de reportajes para la revista *Carteles* en 1937, recuerda con amargura el desdén con que se leían las noticias llegadas del frente y acota con sobradas razones: “si los partes de Madrid no hubiesen sido leído con tanta indiferencia, es posible que hoy

Londres no se encontrara bajo el fuego cotidiano de los aviones alemanes.”

Dos crónicas ejemplares aun debemos subrayar: la que se ocupa de la muerte de James Joyce, siempre difícil de abordar y entonces mucho más citado que leído entre nosotros, en la que fija la descomunal influencia del autor de *Work in Progress* en la narrativa moderna. Y la que describe de manera insuperable el clima y la intención del *Ciudadano Kane*. No vacila en calificar a un Orson Welles, de sólo 23 años, de genio, cuyo filme le parece una de las más profundas y perfectas obras del arte contemporáneo.

Las crónicas, por si fuera poco, se complementan con dos guiones que Alejo escribió para la radio cubana, nada extraño si tenemos en cuenta que durante años la radio fue un medio en el que realizó notables aportes, lo curioso es que haya logrado insertar en el periódico, la acción radiofónica “El último viaje de Noé” y la versión, exitosa como la anterior, de *La caída de la casa Usber* de Poe, las cuales debido a esa audacia de Carpentier no se perdieron en esa desdeñada papelería en que se convierten tantos libretos de varia fortuna.

Sin duda este eslabón esencial en esa cadena de recuperación de obras de Carpentier es algo así como el latido del mundo, a cuyo ritmo, no lo dudemos, marchaba nuestro gran cronista, al despuntar de la dramática década del cuarenta. **ZU**